

CRISTINA PRADA

FROM
N.Y.

Beautiful



Sarah Holloway no está en su mejor momento. Se divorció hace unos meses después de pillar a su marido practicando sexo (sexo impetuoso) sobre la encimera de su cocina con una pelirroja. En el trabajo, su jefe no recuerda ni su nombre, y su perfecta familia solo hace que ella se sienta más desgraciada aún. Encima acaba de cumplir los treinta, ha engordado dos kilos y le ha salido una cana justo... ahí.

Pero, por culpa de un traje de hawaiana y unos malabares imaginarios, en la vida de Sarah se cruzará Michael Stearling.

Y Michael Stearling hará que todo su mundo se tambalee.

Inteligente, arrogante, desdeñoso y malicioso, Michael le pondrá las cosas muy difíciles a Sarah y ella tendrá ganas de estrangularlo cada vez que se encuentren. Y, aunque a Michael le gustan los desafíos, Sarah no piensa permitir que la trate como si fuera su juguete.

Sin embargo, en la vida, como en las pelis, las cosas nunca son lo que parecen y Sarah y Michael descubrirán cuántas emociones pueden esconderse detrás de las sonrisas, de las discusiones, de los gemidos y, sobre todo, de los secretos.

Las calles de Manhattan, la ilusión, el sexo y el amor.

Bienvenida al Nueva York de tu propia película romántica.

1

SARAH

Cuando Harry encontró a Sally...
(*When Harry met Sally...*), 1989, Rob
Reiner

¡Las comedias románticas tienen la culpa de todo!

Me llamo Sarah Holloway y mi vida es un absoluto desastre. No un desastre como las vidas de las protagonistas de las comedias románticas, del tipo «oh, qué desgraciada soy, porque, a pesar de medir uno ochenta y tener las tetas más duras y firmes de toda la costa este, me siento fea y algo dentro de mí me impide disfrutar de que un megamillonario, joven, guapo y con una habilidad para el sexo contra la pared que ni Thor lleno de esteroides, me quiera, me compre ropa y me regale un coche, un pisazo y un iPad, porque yo lo valgo... y el iPad, Retina, de diez pulgadas, a ver si os pensáis que yo acepto cualquier cosa». No, yo soy desgraciada a un nivel real.

Tengo un empleo en el que me esfuerzo mucho por un mal sueldo. En mi familia todos son más altos y más rubios que yo, y desempeñan grandes trabajos, de esos de salvar vidas, mientras que yo solo soy abogada, picapleitos para más señas. Compararnos a mi hermana Heidi y a mí, por ejemplo, sería como hacerlo entre el presidente de Médi-

cos Sin Fronteras y el abogado de Lindsay Lohan, por reputación, no por dinero. ¿Os he contado ya la irrisoria cantidad que cobro? Eso me lleva a mi segunda queja: mi apartamento. En las películas, la chica casi siempre es pobre, casi siempre camarera y casi siempre vive en el Village. ¡¡Ja!! Si eres de clase media tirando a baja, vives al sur de Manhattan, en el Lower East Side o en Alphabet City. Si eres de clase baja tirando a media, lo haces al noroeste de Manhattan, pero en la lejanía del horizonte aún puedes intuir Central Park. Si eres clase baja estándar, vives al norte de Manhattan y un poco más lejos del parque. Y si eres abogada júnior en una empresa y tu sueldo es el equivalente a que tu jefe te llame Sally Hathaway porque no recuerda ni tu nombre, vives al norte de Manhattan, al norte del parque y al norte del norte; vamos, prácticamente en Narnia, solo que aquí todos los faunos escuchan a Pitbull hasta las tres de la mañana.

¿Y solo por eso se queja?, os preguntaréis. Qué ilusos. Dejé de preocuparme por ese tipo de cuestiones el día que volví a mi casa y vi a mi marido tirándose con ímpetu a una pelirroja sobre la barra de nuestra cocina. Lo que más me repateó fue el *ímpetu*, esa pequeña y beligerante palabra, porque la última vez que nosotros lo habíamos hecho había sido en la cama, con nulo esfuerzo por su parte, después de que me paseara con la lencería que me había comprado y para lo que había tenido que estar dos semanas comiendo sándwiches de queso en vez de bajar a la cafetería con los compañeros para poder ahorrar lo suficiente, y ni siquiera se molestó en hacerme llegar al orgasmo. Cuando lo pillé con la susodicha, podría haber hecho muchas cosas, pero solo caminé hasta ellos, cogí la bolsa de gofres de la encimera y me marché.

Así que actualmente ostento el rango de divorciada, pero no es como mi amiga Lexie me juró que sería en mitad de mi «despedida de casada»; según ella, los hombres y los polvos descontrolados, truculentos y sudorosos se conta-

rían por cientos. Supongo que debí sospecharlo cuando, lo que iba a ser la primera juerga de esa nueva etapa, acabó con las dos borrachas y disfrazadas de Blancanieves en su apartamento.

El resto de mis problemas os los enumero en una breve lista: mi jefe, sí, ese mismo que no recuerda ni mi nombre y que no se parece en absoluto a Brad Pitt, me tiró ayer los trastos, cosa que eludí con una gracia impropia de mí y que él se tomó como coqueteo y que me llevó a tenerlo lo suficientemente cerca como para, justo después de subirse el pantalón con las dos manos hasta el límite de su oronda panza para armarse de valor, ver cómo le brillaba la calva. Creo que tengo un problema con el alcohol, del que culpo a mi amiga Lexie, quien, para colmo de mis males, está muy buena, cosa que no me ayuda. El otro día le exigí que engordara diez kilos bajo amenaza de que dejaría de hablarle, porque necesito poder mirarla y sentirme mejor, pero el karma me devolvió el favor y la que engordó fui yo, dos kilos.

Mi vida actual se podría resumir en: profesional liberal, divorciada, sin blanca, intentando dejar de ser fumadora, con tendencia al alcoholismo, acosada por su rollizo jefe, con dos kilos de más, busca... busca que alguien venga y termine con su *cómica* existencia, porque en cinco meses tiene que ir a la boda de su hermana pequeña, superdotada, superguapa y superfísica experimental, la ganadora más joven de la beca McArthur. Universo, acaba conmigo, ya.

La culpa es de Hollywood y el cine romántico. Me crearon unas expectativas muy altas y deliciosamente bonitas de lo que sería mi vida, solo que olvidaron explicarme que los multimillonarios terriblemente encantadores que conducen deportivos no se pierden en mi barrio y, de hacerlo, creo que los atracarían sin contemplaciones. Richard Gere, mejor bájate la aplicación de Google Maps a tu móvil.

* * *

—¡No! —grito con la mirada fija en el espejo de cuerpo entero de mi habitación—. ¡No! ¡No! ¡No!

¡No puede ser, maldita sea! ¡Me niego a que sea!

—¿Qué pasa? —pregunta Lexie, entrando en el dormitorio—. Te he oído chillar desde la cocina.

Siendo sinceras, eso tampoco resulta muy difícil, ya que nuestro piso puede medirse en centímetros cuadrados.

—No puede ser —repito en voz alta.

—¿El qué no puede ser?

—Me he encontrado una cana.

—¿Y por eso armas semejante escándalo? —replica, a punto de echarse a reír—. Te tiñes el pelo y listo.

Se deja caer en mi cama y reactiva Spotify en mi portátil, haciendo que suene otra vez la última canción que he escuchado mientras estaba en la ducha: *Seasons*, de Olly Murs.

—No puedo teñirme.

—¿Por qué no?

—No puedo porque es un sitio en el que no puedes hacerlo.

Lexie parece reparar entonces en que estoy en alboroz... y en mi cara de susto, supongo.

—¿Te ha salido una cana en los bajos?

Y, antes de dejarme responder, la muy perra estalla en carcajadas.

—¡Lárgate! —protesto, tirándole por escrupuloso orden de tamaño todo lo que tengo sobre la cómoda.

—Vale, vale... —me pide, alzando las manos—. Lo retiro.

—Eres una amiga horrible —me quejo, dejando sobre el mueble de nuevo mi frasco de leche corporal con esencia de coco.

—Y tu chichi está a punto de retirarse a vivir a Florida. Nadie es perfecto.

La amenazo nuevamente con el bote, pero ella vuelve a levantar las manos.

—Lo retiro, lo retiro —pero la conozco y, en el fondo, no va a retirar nada—. ¿Estás lista?

Asiento.

—Dos minutos. Solo tengo que vestirme.

La miro esperando a que se marche, pero no lo hace. Sí, Lexie es de esas amigas que vulnera siempre tu intimidad y tu espacio personal, amén de cotillearte el correo y el teléfono si piensa que obtendrá algo truculento, y todo lo hace con una indecente seguridad en sí misma... pero también te presta sus zapatos, jamás te deja beber sola y, cuando te deprimes porque tus vaqueros preferidos ya no te cierran o te culpas del ímpetu de tu exmarido sobre barras de cocina, te da el rapapolvo que te mereces y te obliga a no cargar con la responsabilidad de cosas que no te corresponden. Además, la quiero muchísimo. Es mi persona favorita.

Pongo los ojos en blanco, exasperada, y me visto tratando de conservar el albornoz al mismo tiempo para que no se me vea nada.

—¿Por qué te escondes? —se burla—. Tenemos lo mismo entre las piernas. Bueno, el tuyo ahora parece Gandalf el Gris. —Sabía que ni lo retiraría ni lo olvidaría.

La asesino con la mirada, entrecerrando los ojos, y termino de vestirme con un grado de dificultad siete y medio en la escala de las mujeres imbéciles que se avergüenzan de sí mismas.

—Eres idiota —certifica, tumbándose por completo en mi cama.

—Si mi físico se pareciera al de Rita Ora, yo también jugaría a recoger el correo en ropa interior.

—Yo nunca recojo el correo en ropa interior —se defiende, incorporándose y apoyándose sobre los codos.

—Te veo el culo, diariamente —especifico, índice en alto—. Muchas más veces de las que debería.

Ya con mis vaqueros rotos preferidos puestos y una camiseta estampada con pequeños búhos, me recojo mi media melena rubia en una coleta y me agacho para recuperar mis botas del suelo.

—Mi culo se merece ver la luz del sol y divertirse.

—Pon esa frase en tu información básica del Facebook y jamás volverá a estar solo —la pincho.

Ella se levanta toda dignidad y me dedica un mohín.

—Eso sí que ha sido de amiga horrible —protesta—. Hoy he estado viendo *Girls* en el ordenador —cambia diametralmente de tema— y me he puesto de mal humor.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

Flexiono la rodilla para calzarme una de mis botas aún de pie, pero la gravedad me juega una mala pasada y me inclino hacia un lado al tiempo que empiezo a dar saltitos tratando de mantener el equilibrio y acabo cayéndome sobre el colchón. Eso sí, no suelto la bota. Técnicamente, he ganado yo.

—Porque... ¿nosotras éramos así? —contesta veloz, pasando por alto que soy la persona más patosa de Nueva York—. Quiero decir, son pretenciosas y creen que tienen la solución a todos los problemas del mundo, pero no hacen nada por nadie. En el fondo, son unas mimadas con ínfulas de artistas... y ha sido como mirarme en un espejo —sentencia.

—Un fiel reflejo de nuestra generación —convengo entre risas.

Me calzo la otra bota, todavía tumbada. Yo pensé exactamente lo mismo la primera vez que la vi, y me di cuenta de por qué todos los de cincuenta llevan quince años considerando que los de treinta somos insoportables..., lo somos.

—Un día crees que eres como Hillary Duff en *Younger*, con estilo y éxito, y al otro comprendes que, en realidad, eres como Lena Dunham... en cualquier sitio donde Lena

Dunham salga, irritante y con tu padre pagándote el alquiler. Es duro —se lamenta, melodramática.

Lexie es fotógrafa artística, y muy buena, pero, mientras da el gran salto y logra mantenerse por sí misma gracias a su talento, cosa que estoy segura de que ocurrirá muy pronto, su padre le paga el alquiler y las facturas desde Bridgeport.

—Siento interrumpirte en mitad de una reflexión tan profunda —cambio de tema, levantándome—, pero tengo que irme.

El porqué aún no lo sé. Debí fingir que estaba enferma cuando me invitaron.

Me echo un último vistazo en el espejo y salgo de nuestro apartamento.

Bajo las escaleras de mi edificio todo lo deprisa que puedo. Al pasar por el rellano de la segunda planta, nuestro piso está en la cuarta, oigo algo que no sé si es español o portugués, pero está claro que discuten porque alguien le ha puesto los cuernos a alguien. Esos gritos y el mencionar tanto a la madre del otro son universales.

Entro en la estación de metro de la 175 y desciendo los escalones prácticamente saltando. ¡No puedo llegar tarde! ¿Por qué tengo la sensación de que todas mis historias empiezan conmigo corriendo para no perder el metro? Tengo que hacérmelo mirar.

Me esperan dieciocho paradas, un transbordo y otras diez estaciones más hasta Prospect Heights, en el norte de Brooklyn. Mi familia siempre ha vivido allí. Mis padres se conocieron en la universidad, se enamoraron, se casaron y se esforzaron en afianzarse en sus respectivos trabajos. Él, un reputado profesor de astrofísica; ella, psiquiatra e investigadora del trastorno por estrés postraumático, el TEPT.

Al decidir tener hijos, también decidieron dejar Manhattan y mudarse a un barrio residencial seguro, tranquilo y con una casi inexistente tasa de criminalidad. Mis padres son demasiado inteligentes y concienzudos como para ha-

ber tenido que comprarse un test de embarazo antes de saber que lo leerían en el baño de una casa situada en una zona con buenos colegios.

Mi móvil, un iPhone de generación menos treinta y seis, comienza a sonar. Miro la pantalla y resoplo al ver el nombre de mi hermana Monica, justo por debajo de la cinta adhesiva que tuve que ponerle hace dos días, cuando Lexie se cayó con él mientras bailaba *Medellín*, la nueva canción de Madonna y Maluma. Mi pobre teléfono fue víctima de fuego amigo.

Sé que suena horrible, pero me planteo seriamente no contestar. Después de hablar con ella, siempre me siento como si midiese dos pulgadas. Soy totalmente consciente de que no es culpa suya, pero no puedo evitarlo.

—¡Sarah! —exclama en cuanto descuelgo—. ¿Dónde estás? ¿A punto de llegar? Por lo menos, dime que ya has salido de Manhattan. Aún estás en el metro, ¿verdad? —demanda, sin dejarme responder a nada—. Tienes que aprender a organizarte mejor. No es tan difícil, ¿sabes? —plantea, socarrona—. Pones la alarma, te levantas con tiempo...

—Estoy en el metro, pero llegaré puntual —la informo.

La oigo chasquear la lengua al otro lado de la línea.

—Eres un desastre, pequeña patosa.

Tuerzo los labios. Pequeña patosa ha sido mi apodo familiar desde que tenía cinco años. No penséis mal, tengo familia, no una pandilla de cabrones. Me pusieron ese mote por «Barrio Sésamo», más concretamente porque Coco, el de «ahora estás cerca, ahora estás lejos... y ahora necesitas gafas porque en los ochenta nadie les decía a los niños que no se sentaran tan cerca de la pantalla para verme hacer el idiota», era mi preferido y, los que alguna vez hayáis visto algún capítulo del popular programa infantil, sabréis que la marioneta azul, como yo, no era el colmo de la gracia atlética; luego, pequeño patoso él, pequeña patosa yo.

—He cogido el tren que tenía que coger y llegaré a tiempo.

—Permíteme dudarlo, pero no pasa nada —me rebate otra vez—. No pases por casa de papá y mamá —añade, y frunzo los labios. Tenía la contestación perfecta preparada: «Permíteme dudar que tú seas humana y no una replicante de *Blade Runner*, pero de los de la primera, los que querían acabar con la vida en la tierra»—. Ve directamente al colegio de Patty.

Patty es su hija de ocho años, por lo tanto, mi sobrina, y solo espero que, por su bien, sea otra replicante, pero en esta ocasión de los de la peli de Ryan Gosling, que aceptan de buen grado lo de ser esclavos, o se irá de casa antes de cumplir los dieciséis.

—De acuerdo —respondo, sacando una chocolatina de mi bolso con la mano que me queda libre y abriéndola con los dientes.

—¡Deja de comer! —me regaña al cabo de dos segundos.

¿Cómo demonios lo ha sabido?

—Además, seguro que es una chocolatina —incide.

En serio, ¿cómo...?

—Es una Bounty. Lleva coco, y el coco es una fruta —me defiendo, y tengo toda la razón. Podría estar comiéndome un Crunch o unos Reese's o un pretzel... Maldita sea, ahora quiero un pretzel de esos gigantes del puesto de la 10 Oeste. Miro el mapa en una de las paredes del vagón. Podría bajarme en el Village, comprarme uno y volver a subir.

—Eso no es comida —afirma.

—¿Tienes algo más que decir? —pregunto con la boca llena de chocolate y coco, un poco con el único objetivo de fastidiarla.

—No llegues tarde —me riñe por millonésima vez; sí, cuento todas las veces que lo ha hecho telepáticamente.

Voy a responder por millonésima vez también que voy a ser puntual como un reloj, pero cuelga antes de darme la oportunidad.

Me separo el teléfono de la oreja y resoplo con los ojos fijos en la pantalla, esperando a que vuelva a la de inicio.

—Llegaría tarde solo para molestarte —murmuro a regañadientes, obviamente solo para mí.

—Su hermana tiene razón —oigo que me dice una vocécita a mi lado—. Las chokolatinas no son comida.

Me giro con una mezcla de confusión y miedo, pensando que Monica ha dado un paso más en su malévolo plan para dominar el mundo antes de cumplir los treinta y tres y ha levantado su propia red de espías internacionales, y me encuentro con una ancianita asintiendo con desaprobación a mi dieta, sentada en uno de los dos asientos que tengo enfrente, separados del mío por el pasillo.

—Lleva coco —comento aún un poco alucinada, alzando el dulce— y mi vida es muy dura. Me merezco una chokolatina de vez en cuando.

—Cuando no encuentres marido por tener demasiada carne pegada a los huesos, lo será mucho más, jovencita.

Decido obviar la primera parte de la frase. Esta abuelilla es una canija, no estoy en posición de competir con ella.

—Ya tuve un marido y no se portó nada bien conmigo —le explico—. Al final lo único que me quedó fue un paquete de gofres.

—Lo que yo decía —se recrea, meneando la cabeza y con ella su sombrero de Macy's—. Tu problema no son los hombres, son los dulces.

La miro con la boca abierta y la chokolatina suspendida en el aire. ¿Esta señora, con pinta de haber vivido en directo el desembarco de Normandía, acaba de decirme que mi matrimonio naufragó porque soy una gorda mental?

El metro se detiene en la estación de la 81, la del Museo de Historia Natural.

—Deja de comer —ratifica, levantándose y dirigiéndose a la puerta.

Sí, lo ha hecho.

—¡Debería haberlo visto a él! —me quejo, girándome en mi asiento para poder mirarla—. Se parecía a Chris Pratt cada vez que se olvida de que ahora es un superhéroe y encuentra la llave del cajón de los donuts que le han escondido.

Tengo toda la razón. Yo quería a ese maldito idiota, pero ese maldito idiota tenía un único abdominal, grande y redondo.

La ancianita cabecea con desaprobación y finalmente se baja. Yo noto cómo el resto de los pasajeros me observan y me vuelvo para quedar perfectamente sentada de nuevo. «Sarah Holloway, quien diga que una vida no puede mejorar en un solo instante es que nunca ha llevado tus zapatos». Por supuesto, soy toda ironía... y, por supuesto también, me termino la chocolatina. Nadie va a hacerme cambiar de opinión: el coco en una Bounty sigue siendo fruta.

Después de las correspondientes paradas y el transbordo, por fin llego a la estación de Grand Army Plaza. Siempre me ha llamado la atención esta parte de Brooklyn, con el gigantesco Prospect Park, todo abierto y despejado, casi dibujando la palabra *diáfano*; parece como si los rascacielos de la isla de Nueva York se diluyesen en una nube de algodón de azúcar verde hierba.

Camino un par de manzanas y accedo a la escuela de primaria Montessori Day; por si alguien lo dudaba, la mejor del distrito.

El divertido salón de actos ya está hasta arriba de padres y demás familiares y hay cadenetas de papel de colores por todos lados. Sonrío. La cosa promete.

Sin embargo, paso de largo la sala y me dirijo hacia las aulas; en concreto, hacia la de mi sobrina Patty. Mi hermana debe de estar allí, dando instrucciones a diestro y siniestro

a los pobres padres (y profesores) que se hayan presentado voluntarios para ayudar en la fiesta.

No tardo en encontrarla. Está sentada a una de las pequeñas mesas, hablando con dos mujeres y un hombre, de pie frente a ella, cargados con una veintena de globos cada uno, que la miran con cara de susto.

—Y ya estáis tardando —sentencia, agitando las manos para que se muevan.

Sabía que no me equivocaría.

—Hola —la saludo, caminando hacia ella.

—¿Hola? ¿En serio? —suelta, levantándose de un salto y saliendo a mi encuentro. Es como uno de esos velocirraptores de *Parque Jurásico* cercando a su presa.

—Así es cómo se acostumbra a saludar en Estados Unidos, pero, si quieres, podemos probar en otros idiomas... *Ni hao* —añado, superorgullosa, en chino, la única expresión que me sé gracias al señor Wang Su, el dueño del pequeño supermercado barra cafetería barra oficina de correos barra restaurante a domicilio ilegal de mi calle.

—Muy graciosa.

Me quita la bandolera sin ninguna delicadeza y hace lo mismo con mi chaqueta vaquera.

—¿Qué haces? —me quejo.

—Es tarde y una de las madres no ha podido venir —me explica, desabrochándome el cinturón y tirando de él hasta hacerlo pasar por todas las presillas—. La muy perra tendría que haber avisado antes. Seguro que está tumbada en el salón de su casa, bebiendo chardonnay directamente de la botella. Podría tener la decencia de esperar hasta que los niños se duerman, como hacemos todos.

—A) no te ha avisado porque te tiene miedo, estoy segura —le rebato, pero ella pasa de mí—, y b), ¿eso qué tiene que ver conmigo?

—Vas a sustituirla. Tienes que disfrazarte de hawaiana.

Comienza a desabotonarme la camisa sin ni siquiera mirarme a los ojos. Ahora entiendo cómo se sienten los ligues

de Alex Rodríguez.

—Para —protesto, tratando de apartar sus manos.

—No paro.

Intenta alcanzar mis botones, yo la golpeo en los dedos, ella a mí y, durante los quince segundos siguientes, solo se oye una ristra de rápidos manotazos.

—No voy a disfrazarme —me escabullo, dando un paso atrás.

—Oh, sí.

—Oh, no.

—Oh, sí.

—Monica.

—Sarah —contraataca, arqueando una ceja.

Mi hermana y yo nos llevamos dos años, la edad justa como para que siempre haya sido una auténtica mandona conmigo, aunque, conociéndola, solo habría necesitado tres minutos de diferencia para decidir que tenía que obedecerla.

—Ni de coña —le dejo claro, entrecerrando los ojos.

Un rumor llega desde el pasillo. Por inercia, llevo la vista hacia la puerta y ella aprovecha esa mínima distracción para abalanzarse sobre mí, tumbarme en el suelo y quitarme la camisa. Forcejeamos, pero la muy maldita tiene una fuerza sobrehumana.

—Tienes que dejar las clases de pilates para madres e hijas —farfullo casi sin aliento, tratando de recuperar mi ropa—, pareces una luchadora olímpica de la Unión Soviética.

—¿Qué estáis haciendo? —La voz de mi madre se mezcla con su característico caminar, pausado pero siempre decidido.

Aprovecho que ahora es Monica la que se distrae para quitármela de encima de un empujón. Lo último que veo antes de levantarme es cómo sus pies, enfundados en sus Converse, vuelan por encima de su cabeza. Una sonrisilla satisfecha se me escapa.